Tres romances de García Lorca

Sergio García Oriol

El texto que sigue es la transposición un tanto elaborada de unos ejercicios de comentario de textos, efectuados en diversas ocasiones con los alumnos, en vistas a la preparación del examen del bachillerato y no tiene más ambición que la de mostrar una experiencia pasada.

Los gitanos de García Lorca, es cosa sabida y hasta tópico gastado, no son los gitanos corrientes y molientes que pinta la gente. No son los andantes del carromato y del borrico, andrajo y oropel. No son los artífices del mimbre y de la buenaventura, mercachifles y chalanes con toque de cuatreros, espanto de niños traviesos y de buenos cristianos del agro, azote de gallineros.

Los gitanos de Federico no son ésos de cada día. Los suyos son la emanación poética del pueblo andaluz, como él lo dijo en algún lugar. También son, con más evidencia todavía, el mito forjado por el poeta para representar y encarnar el individuo y la libertad, la fantasía, la espontaneidad y la creación artística.

Entre los dieciocho romances del ROMANCERO GITANO, hay para mí tres de ellos en que lo gitano es más explícito y salta más a la vista que en los demás. Tres romances ejemplares, con parentesco evidente, cifra y compendio del mito lorquiano.

Esos tres romances son: *La monja gitana, Prendimiento de Antoñito el Camborio en el camino de Sevilla* y *Romance de la Guardia Civil española.*

El título del primero proclama exactamente la personalidad gitana de la protagonista, meollo del poema. En el segundo, la identidad de Antoñito, su retrato, las imprecaciones contra su pasividad, todo nos dice que el héroe es, ante todo y podríamos decir exclusivamente, gitano... Tampoco hay la menor duda en el tercero, en el que aparece una ciudad que lleva el nombre engañador de Jerez de la Frontera, pero que es una mítica ciudad de los gitanos y no la otra.

LA MONJA GITANA

Silencio de cal y mirto.
Malvas en las hierbas finas.
La monja borda alhelíes
sobre una tela pajiza.
Vuelan en la araña gris
siete pájaros del prisma.

La iglesia gruñe a lo lejos
como un oso panza arriba.
¡Qué bien borda! ¡Con qué gracia!
Sobre la tela pajiza
ella quisiera bordar
flores de su fantasía.

Centro Virtual Cervantes

¡Qué girasol! ¡Qué magnolia
de lentejuelas y cintas!
¡Qué azafranes y qué lunas
en el mantel de la misa!
Cinco toronjas se endulzan
en la cercana cocina.
Las cinco llagas de Cristo
cortadas en Almería.
Por los ojos de la monja
galopan dos caballistas.
Un rumor último y sordo
le despega la camisa,
y al mirar nubes y montes
en las yertas lejanías,
se quiebra su corazón
de azúcar y yerbaluisa.
¡Oh! qué llanura empinada
con veinte soles arriba.
¡Qué ríos puestos de pie
vilsumbra su fantasía!
Pero sigue con sus flores,
mientras que de pie, en la brisa,
la luz juega el ajedrez
alto de la celosía.

Este romance tiene un aspecto eminentemente enumerativo: por una parte, impresiones sensoriales de orden visual, auditivo u olfativo; por otra, pensamientos fugaces, emociones íntimas, interpretaciones subjetivas. De esta manera, el romance es un poema estático, el poema de la inercia, en un escenario, con una actriz inmóvil, perfectamente pasiva.

Un escenario conventual, discretamente sugerido, de recogimiento silencioso apenas turbado por la plegaria colectiva, cuyo murmullo se asimila al gruñir apacible del oso de los húngaros, hermanos de raza: «Silencio del cal y mirto... La iglesia gruñe a lo lejos»... Convento del sur, blancura de cal en las paredes, nota verde de mirtos y hierbas en el patio del claustro, lejanías desoladas de montes y nubes por encima de las tapias, aroma hacendoso de naranjas en dulce, indicio de industriosidad remuneradora más que de regodeo de monjas golosas.

Un personaje solitario de monja laboriosa, según la regla de reposo, plegaria y trabajo, que pone al servicio de la comunidad la primorosa habilidad de sus manos, fiel ejecutora pasiva de las instrucciones de la madre superiora. Sólo la respiración y la mano que palpita y vuela como un pájaro, al compás de los puntos multicolores de un bordado humilde, delatan la vida del personaje.

Acaso se percibe fugazmente un ademán de decepción, un brillo más intenso en el mirar, un repentino escalofrío, un gesto de pesadumbre, una expresión de melancolía. El lector-espectador no podría ir más allá. Sin la mágica intervención del poeta que nos da la clave y nos guía a través del ánimo de la monja, ignoraríamos la vistosidad de girasoles y magnolias, azafranes y lunas, el brillar de las lentejuelas, el intenso colorido de las cintas, todo aquello en que la gitana está soñando mientras borda modestos alhelíes. No conoceríamos las visiones del libre galope, de los ríos que fluyen encabritados, de los deslumbramientos en la llanura sin límites, lejos de muros que encierran y montes que aprisionan... Nada podríamos saber de la lucha interior de la gitana hecha para los vastos espacios, la vida errante, la espontaneidad y el libre albedrío, que contiende con su condición de monja para someterse a la regla, a la clausura, a la inmovilidad, que sigue bordando sus modestas flores en toda conformidad, bajo el curso solar del tiempo implacable.

PRENDIMIENTO DE ANTOÑITO EL CAMBORIO EN EL CAMINO DE SEVILLA

Antonio Torres Heredia,
hijo y nieto de Camborios,
con una vara de mimbre
va a Sevilla a ver los toros.
Moreno de verde luna
anda despacio y garboso.
Sus empavonados bucles
le brillan entre los ojos.
A la mitad del camino
cortó limones redondos,
y los fue tirando al agua
hasta que la puso de oro.

Centro Virtual Cervantes

Y a la mitad del camino
bajo las ramas de un olmo,
guardia civil caminera
lo llevó codo con codo.
El día se va despacio,
la tarde colgada a un hombro
dando una larga torera
sobre el mar y los arroyos.
Las aceitunas aguardan
la noche de Capricornio,
y una corta brisa, ecuestre,
salta los montes de plomo.
Antonio Torres Heredia,
hijo y nieto de Camborios,
viene sin vara de mimbre
entre los cinco tricornios.
Antonio, ¿quién eres tú?

Si te llamaras Camborio
hubieras hecho una fuente
de sangre con cinco chorros.
Ni tú eres hijo de nadie,
ni legítimo Camborio.
¡Se acabaron los gitanos
que iban por el monte solos!
Están los viejos cuchillos
tiritando bajo el polvo.
A las nueve de la noche
lo llevan al calabozo,
mientras los guardias civiles
beben limonada todos.
Y a las nueve de la noche
le cierran el calabozo,
mientras el cielo reluce
como la grupa de un potro.

En el romance del *Prendimiento de Antoñito* hay una dinámica que no encontrábamos en el de *La monja gitana.* En contraste con la inmovilidad del uno, el movimiento domina en el otro.

Hay entre los dos poemas, es verdad, una analogía que aparece desde el primer verso del *Prendimiento.* También aquí vamos a encontrar a un individuo en el primer plano del romance. En el precedente, todo lo que sabemos de la heroína es lo que se nos dice en el título: es monja y es gitana. En cambio, en el caso presente, el protagonista se encuentra perfectamente identificado, situado y retratado en los ocho primeros versos.

La identidad completa del héroe que se declara en el primer verso, «Antonio Torres Heredia», no parece suficiente al poeta, que insiste en el concepto de linaje, de ascendencia prestigiosa: Antonio es «hijo y nieto de Camborios», lo que sugiere una como aureola novelesca de aristocracia gitana.

La localización del personaje es también de lo más preciso y no da lugar a ninguna imagen poética: «va a Sevilla a ver los toros». Con una vara de mimbre precisa Federico. Detalle realista de elegancia masculina, de dandismo podríamos pensar, si no tuviéramos en cuenta todo el simbolismo que se desprende de la vara, tal vez cetro real o instrumento de magia, en realidad atributo de poder y de mando en mano de jueces, generales o alcaldes en el ámbito hispano. La vara de Antoñito confirma la nota de prestigio social, de aristocracia, que se presentía en el segundo verso.

Este prestigioso personaje será descrito concisamente en un retrato somero pero preciso, a través de dos rasgos de la fisonomía y una visión de la actitud. Los dos rasgos son la tez y el pelo, definidos con impresionante exactitud poética. «Moreno de verde luna»: la tez de Antoñito («bronce y sueño», dice Lorca en otro romance) es morena y mate, de un moreno apagado con lividez lunar, ese moreno que caracteriza a tantos andaluces, sicilianos, moros y otros ribereños del Mare Nostrum. El bronce de la tez gitana no es el bronce lustroso, rubicundo, de los veraneantes a la moda. Es el bronce estatuario, el bronce de las campanas. En cuanto al pelo, «sus empavonados bucles», rizado e indómito, «entre los ojos», es de un negro absoluto, de brillo metálico y reflejos azulados como el ala del cuervo o como el acero sombrío de las armas de fuego.

Por lo que se refiere a los andares, dos palabras los caracterizan, «anda despacio y garboso», lo que sugiere dos ideas contradictorias. El garbo es elegancia, gracia, armonía de movimientos, don de la naturaleza que se recibe al nacer. La lentitud es cosa voluntaria. Indica, o bien que no corre prisa, o bien la intención de darse aires de majestuosa dignidad.

Centro Virtual Cervantes

En la actitud de Antoñito hay, pues, una parte de espontaneidad natural, la elegancia, y una parte de afectación estudiada, la lentitud majestuosa.

Después de la presentación, cuatro versos exponen la acción. «A la mitad del camino/ cortó limones redondos,/ y los fue tirando al agua.» A primera vista, el elegante y aristocrático gitano se porta como un gamberro y comete una barrabasada de las gordas. Es lo que podemos pensar al leer estos tres versos. Pero a renglón seguido, otro verso rectifica terminantemente la falsa impresión y pone las cosas en su punto: «Hasta que la puso de oro.» En el espíritu de Antoñito no se trata de destrucción, sino de creación plástica, que modifica los términos del paisaje, al transferir el oro del limonar a la superficie del agua. Es la suya una actividad artística, un acto pictórico. A su manera, Antoñito está bordando «flores de su fantasía». La creación artística de este jaez hace malas migas con el derecho de propiedad y va seguida fulminantemente por la sanción social: «Y a la mitad del camino/... guardia civil caminera/ lo llevó codo con codo».

Hay que reconocer que Antoñito no tuvo suerte en su inspiración al ejecutarla, por así decir a las barbas de la consabida pareja que, en servicio cotidiano, anda incansablemente por la carretera para velar por el orden rural y la tranquilidad campesina. La Guardia Civil no entiende de sutilezas creadoras y no se va por las ramas. Antoñito queda preso y amarrado con las oportunas precauciones que requiere un peligroso delincuente. De la exaltación artística cae en la humillación y la vergüenza.

En este dramático momento, vamos a perderlo de vista y desentendernos de él. El poeta nos ofrece una visión del momento y del paisaje que nos distrae de la acción. Visión de esencia andaluza y de expresión profundamente poética, en que el día que finaliza aparece como un campesino cansado que regresa a casa: «El día se va despacio,/ la tarde colgada a un hombro»; en que el curso del sol al declinar lleva una nota tauromáquica y el soplo de la brisa un aire de caballista osado que franquea los obstáculos de un relieve macizo, «salta los montes de plomo». El arbolado, el olivar andaluz, se ve personificado, humanizado. Hay en él la espera paciente, el ansia apacible de la perfección. «Las aceitunas aguardan la noche de Capricornio» ese momento invernal en que se cogen las olivas y se transforman en aceite.

El instante bucólico de relajamiento cesa con el retorno hacia el héroe, el mismo de los primeros versos, «Antonio Torres Heredia, hijo y nieto de Camborios», pero ahora humillado, desprestigiado, «sin vara de mimbre». «Entre los cinco tricornios», añade el poeta con una sorprendente precisión numérica. Al asistir al arresto de Antoñito, hemos pensado sin vacilar en la clásica pareja de todos los momentos, de todos los servicios. Ahora nos encontramos con cinco guardias a la vez. No una pareja, sino dos, y el cabo además para que la cuenta salga justa. A lo mejor, el efectivo completo de un modesto puesto de la Guardia Civil. Esta insólita movilización sólo nos la explicamos por la nombradía de los Camborios. Para detener a un miembro de tan prestigiosa tribu, se requiere el despliegue de todas las fuerzas disponibles. Es lo que parece significar la precisión que tanto nos sorprende.

La aparición de Antoñito amarrado y humillado, desencadena las imprecaciones de una voz airada que no podemos identificar. ¿Es la de los Camborios del más allá, la de raza gitana, la de la propia conciencia de Antoñito? La voz indignada clama para poner en duda la tan subrayada identidad del héroe hasta negar su personalidad. «Antonio, ¿quién eres tú?» Todo ello a causa de la pasividad del gitano, de su mansedumbre en el momento de la detención: «Si te llamaras Camborio/ hubieras hecho una fuente/ de sangre con cinco chorros». La voz, cada vez más apasionada, sigue diciendo: «Ni tú eres hijo de nadie,/ ni legítimo Camborio». En la obcecación de la cólera, el clamor va ahora demasiado lejos al afirmar la ilegitimidad de Antoñito, es decir, su bastardía, lo que implica la deshonestidad de una madre adúltera y la deshonra de un padre escarnecido.

No cabe rectificar terminantemente lo que se ha clamado con tanta pasión, pero un grito menos airado, aunque no menos afligido pone las cosas en un punto. En verdad, no hay

Centro Virtual Cervantes

bastardía, deshonestidad, deshonra. Hay decadencia, hay degeneración: «¡Se acabaron los gitanos/ que iban por el monte solos!» Los elegantes gitanos de hoy olvidaron las armas de los mayores, los «viejos cuchillos tiritando bajo el polvo»; no saben ni pueden ni quieren servirse de ellas y empuñarlas para morir matando. Y la voz se calla desconsolada.

A lo largo del romance, García Lorca juega al tira y afloja con la tensión dramática. La vemos crecer después de la presentación y del retrato, con el acto creador de Antoñito, para llegar a un punto culminante con el arresto y la humillación del gitano... A continuación, bruscamente, la contemplación del paisaje introduce un momento de distensión que se termina no menos repentinamente con la aparición de Antoñito, sin vara de mimbre, amarrado entre los cinco tricornios. Con los clamores de la voz anónima, la tensión se dispara y nos lleva a un paroxismo dramático insostenible. Cuando la voz se calla, la tensión cesa y llega el relajamiento final. El romance nos muestra desapasionadamente a Antoñito que queda encerrado en el calabozo, a los guardias que aplacan la sed con una inofensiva limonada y al cielo, sereno e indiferente, que luce en una clara noche «como la grupa de un potro».

ROMANCE DE LA GUARDIA CIVIL ESPAÑOLA

Los caballos negros son.
Las herraduras son negras.
Sobre las capas relucen
manchas de tinta y de cera.
Tiene, por eso no lloran,
de plomo las calaveras.
Con el alma de charol
vienen por la carretera.
Jorobados y nocturnos,
por donde animan ordenan
silenciosos de goma oscura
y miedos de fina arena.
Pasan, si quieren pasar,
y ocultan en la cabeza
una vaga astronomía
de pistolas inconcretas.

*

¡Oh ciudad de los gitanos!
En las esquinas banderas.
La luna y la calabaza
con las guindas en conserva.
¡Oh ciudad de los gitanos!
¿Quién te vio y no te recuerda?
Ciudad de dolor y almizcle,
con las torres de canela.

*

Cuando llegaba la noche,
noche que noche nochera,
los gitanos en sus fraguas
forjaban soles y flechas.
Un caballo malherido
llamaba a todas las puertas.
Gallos de vidrio cantaban
por Jerez de la Frontera.
El viento vuelve desnudo
la esquina de la sorpresa,
en la noche platinoche
noche, que noche nochera.

*

La Virgen y San José
perdieron sus castañuelas,
y buscan a los gitanos
para ver si las encuentran.
La Virgen viene vestida
con un traje de alcaldesa
de papel de chocolate
con los collares de almendras.
San José mueve los brazos
bajo una capa de seda.
Detrás va Pedro Domecq
con tres sultanes de Persia.
La media luna soñaba
un éxtasis de cigüeña.
Estandartes y faroles
invaden las azoteas.
Por los espejos sollozan
bailarinas sin caderas.
Agua y sombra, sombra y agua
por Jerez de la Frontera.

*

¡Oh ciudad de los gitanos!
En las esquinas banderas.

Centro Virtual Cervantes

Apaga tus verdes luces
que viene la benemérita.
¡Oh ciudad de los gitanos!
En las esquinas banderas.
Apaga tus verdes luces
que viene la benemérita.
¡Oh ciudad de los gitanos!
¿Quién te vio y no te recuerda?
Dejadla lejos del mar,
sin peines para sus crenchas.

*

Avanzan de dos en fondo
a la ciudad de la fiesta.
Un rumor de siemprevivas
invade las cartucheras.
Avanzan de dos en fondo.
Doble nocturno de tela.
El cielo se les antoja
una vitrina de espuelas.

*

La ciudad libre de miedo
multiplicaba sus puertas.
Cuarenta guardias civiles
entran a saco por ellas.
Los relojes se pararon,
y el coñac de las botellas
se disfrazó de noviembre
para no infundir sospechas.
Un vuelo de gritos largos
se levantó en las veletas.
Los sables cortan las brisas
que los cascos atropellan.
Por las calles de penumbra
huyen las gitanas viejas
con los caballos dormidos
y las orzas de monedas.
Por las calles empinadas
suben las capas siniestras
dejando atrás fugaces
remolinos de tijeras.

En el portal de Belén
los gitanos se congregan.
San José, lleno de heridas
amortaja a una doncella.
Tercos fusiles agudos
por toda la noche suenan.
La Virgen cura a los niños
con salivilla de estrella.
Pero la Guardia Civil
avanza sembrando hogueras
donde joven y desnuda
la imaginación se quema.
Rosa la de los Camborios,
gime sentada en su puerta
con sus dos pechos cortados
puestos en una bandeja.
Y otras muchachas corrían
perseguidas por sus trenzas
en un aire donde estallan
rosas de pólvora negra.
Cuando todos los tejados
eran surcos en la tierra,
el alba meció sus hombros
en largo perfil de piedra.

*

¡Oh ciudad de los gitanos!
La Guardia Civil se aleja
por un túnel de silencio
mientras las llamas te cercan.

¡Oh ciudad de los gitanos!
¿Quién te vio y no te recuerda?
Que te busquen en mi frente.
Juego de luna y arena.

El romance consta de 124 versos. En los 16 primeros, aparece confusamente la Guardia Civil, que no se nombra. Acto seguido, 48 versos cantan la ciudad de los gitanos. En los 8 versos siguientes aparece de nuevo la Guardia Civil como una amenza que toma cuerpo. El saqueo y la destrucción de la ciudad se evocan en 44 versos. El poema se termina con un doloroso epílogo de ocho versos más.

Al tratar del Romance de la Guardia Civil, ya no se puede hablar de pasividad o de movimiento, sino de explosión de conceptos y de visiones. Si en la evocación de la Guardia Civil hay continuidad homogénea de lo funesto, lo brutal, lo implacable, en la pintura de la ciudad de los gitanos y de su destrucción, el mundo pueril, el martirilogio, el mito, lo bíblico y lo andaluz, se cruzan y se entretejen en una increíble proliferación de imágenes y de sugestiones. Lo primero que nos presenta el romance es el aura nefasta que se desprende de

Centro Virtual Cervantes

un grupo confuso de jinetes: «Los caballos negros son./ Las herraduras son negras.» Y también una nota de sordidez y de descuido, «Sobre las ropas relucen/ manchas de tinta y de cera», clara alusión a las actividades cotidianas de los guardias, torpes redactores de atestados, escolta de procesiones cuyos cirios gotean y manchan los uniformes.

La insensibilidad de esta tropa está garantizada por la calavera de plomo, metal impenetrable para las radiaciones, como se sabe, y por la impermeabilidad del charol de los tricornios, que ha calado hasta las almas. La negrura de las capas del uniforme de antaño y el bulto de la mochila a cuestas los hace «jorobados y nocturnos». Con su sola presencia imponen el temor y el silencio, el sorprendente silencio que el poeta había observado cuando los neumáticos de «goma oscura» sustituyeron a las ruidosas llantas de hierro de los carruajes. Fuerza irresistible y ciega, cuyo pensamiento incierto se limita a la violencia, «vaga astronomía/ de pistolas inconcretas».

La empavesada ciudad de los gitanos, es la «ciudad de la fiesta», dice el poeta. Domus y cosmos en vecindad estrecha, «la luna y la calabaza con las guindas en conserva», tal vez a través de los globos de papel de las iluminaciones. Inolvidable ciudad impregnada de aromas, que presiente su trágico destino, «ciudad de dolor y almizcle con las torres de canela». Ciudad nocturna, con las luminosas nocturnidades de la «noche platinoche» y no con lo tétrico de los nocturnos jorobados de los versos anteriores. Ciudad de creación mitológica, de cíclopes gitanos que forjan los soles del cielo y las flechas de Júpiter. Ciudad de presagios inútiles, con el inútil canto de los gallos vigilanes y el caballo que llama inútilmente a las puertas amenazadas. Ciudad en que el viento que se levanta y vuelve la esquina, es el viento de Preciosa, «el viento que nunca duerme, San Cristobalón desnudo». Ciudad típicamente andaluza de intensa devoción popular, en que los personajes santos viven en la intimidad cotidiana de los vecinos, donde la Virgen lava pañales y San José tiene problemas con la ropa interior. La santa pareja ha de participar aquí en la fiesta de la ciudad, con sus castañuelas perdidas. Pareja de pesebre infantil, ataviada con los recursos a mano, papel de chocolate, retazos de seda para las vestiduras, almendras para las joyas, en un cortejo de Navidad poco ortodoxo en que los Reyes Magos son sultanes de Persia y en donde desfila, con anacronismo pueril, el gran hombre de la región, Pedro Domecq, fundador de dinastía, dispensador de prosperidad, bienhechor real y legendario al mismo tiempo.

En el cielo, la luna menguante dibuja la blanca silueta inmóvil de una cigüeña en lo alto de su campanario; las galas de la fiesta se multiplican por doquier y los signos premonitorios se manifiestan hasta en los espejos, con las fantasmagóricas bailarinas sin caderas que vierten lágrimas amargas. Yo recuerdo un cartel publicitario de no sé qué anís, con una mujer de medio cuerpo en traje de bailadora que hubiera podido inspirar al poeta. En la simbólica lorquiana, el cuerpo truncado es signo fatídico; la gitana del Romancero Sonámbulo, «verde carne, pelo verde», «con la sombra a la cintura», es también un funesto presagio.

La ciudad gitana toma nombre y consistencia, es Jerez de la Frontera, lejos del mar en efecto, con callejas que descienden libremente del altozano, «crenchas sin peines». Pero este Jerez del romance no es la ciudad de luz y de sol que conocemos, sino un Jerez de sombra y agua, fatídico y condenado, mítica ciudad que no puede oir los presagios ni la voz que anuncia la llegada exterminadora: «apaga tus verdes luces, que viene la benemérita».

La benemérita llega en formación de combate, embargada de obsesiones marciales, las estrellas parpadeantes en el cielo «se les antojan una vitrina de espuelas». Las siniestras intenciones se precisan. El tintineo de los cargadores con que se aprovisionan las armas se traduce por un poético y pacífico «rumor de siemprevivas» en las cartucheras.

La ciudad, con sus puertas abiertas, no ha sabido escuchar avisos y premoniciones. Los cuarenta guardias, como los cuarenta ladrones de las Mil y una noches, penetran en ella y desencadenan un terror que se apodera del mundo inanimado de los relojes y de las botellas de licor. Los gritos de los vecinos son como el vuelo de pájaros asustados ante la carga de

Centro Virtual Cervantes

los caballos que atropellan y de los guardias que siegan las vidas a sablazos, «remolinos de tijeras», dice el poeta.

A la violencia destructora, el pueblo gitano no opone más que los ineficaces recursos del inocente Belén infantil, la salivilla de estrellas con que las madres consuelan a los niños que se han hecho daño al jugar.

La Guardia Civil fusila, incendia, destruye, destruye hasta los valores impalpables, la imaginación joven y desnuda. Martiriza a Rosa como los paganos de Roma martirizaron a Santa Agata o a Santa Eulalia —en otro romance, Lorca ha de cantar el martirio de Santa Olalla, la Eulalia de Mérida—. Persigue a las muchachas, que huyen veloces hasta el punto que sus trenzas se alzan hacia la horizontalidad, en medio de explosiones que en la mísera ciudad de la fiesta suenan como rosas de fuegos artificiales.

El exterminio se prosigue hasta el amanecer que contempla la destrucción total de la ciudad, hasta el punto que los tejados que se alzaban hacia el cielo están inscritos como en negativo en el suelo, «surcos en la tierra».

Ahora la tragedia está consumada en el silencio de la muerte, los verdugos se alejan y el poeta no nos permite saber si hemos vivido o si nos ha hecho soñar su visión interior, espejismo de luz y de polvo.

Cuando leemos el romance en los días de hoy, no podemos menos que maravillarnos ante lo que parece presciencia de Lorca, al vaticinar aquí, en 1922, los genocidios posteriores, al pintar la destrucción del Jerez gitano como si presagiara las de Coventry, Dresde, Hirosima y tantas otras.

Hablabamos al empezar de parentesco entre los tres romances examinados y esto merece una explicación. El parentesco dimana del tema abordado en los tres poemas y de su conclusión. En los tres, el mito del universo gitano de libertad, de creación, de fantasía, se confronta y se enfrenta con un enemigo implacable, el mundo real. Asistimos, en los tres, al conflicto entre el orbe poético y la prosaica realidad. Frente al individuo sin trabas, la sociedad; frente a la libertad, el orden y la regla; frente a la creación artística, el materialismo cotidiano, utilitario; frente a la loca fantasía, el peso de la razonable sensatez.

En la monja gitana, el choque se sitúa en el interior de una sola persona en que los dos mundos conviven, gitana por su esencia misma, por su nacimiento; pero monja de vocación, por esfuerzo de la voluntad. La protagonista pertenece al mundo de la fantasía, pero también al del orden y la regla. Así, el combate es contienda íntima, conflicto de personalidad.

El *Prendimiento* sitúa el enfrentamiento en otro terreno. El individuo, Antoñito, el inspirado gitano, se opone a una colectividad, la sociedad organizada, representada por los tricornios de la Guardia Civil.

El conflicto se amplía aún más en el tercer romance: es el choque de dos entidades colectivas, la Guardia Civil contra la ciudad gitana.

Sin embargo, cada vez el enfrentamiento es análogo y el desenlace es idéntico. La monja se somete, Antoñito queda preso, la ciudad es aniquilada. El mundo gitano con todo lo que representa, sufre una total derrota. Pesimista, el poeta no se hace ilusiones, no quiere que nos las hagamos. El pesimismo de García Lorca no era, tal vez, sino el presentimiento de lo que sucedería trece o catorce años después de escribir los romances. También el inocente creador en persona sería vencido y aniquilado por el despiadado mundo de la realidad española... También él sería llevado al calabozo antes de convertirse en un anómino surco de la tierra al caer ante los tercos fusiles que habían de sonar a lo largo de tantos días interminables y de tantas noches sin fin.

REVISTA AEPE Nº 36-37. Sergio GARCÍA ORIOL. Tres romances de García Lorca
Centro Virtual Cervantes